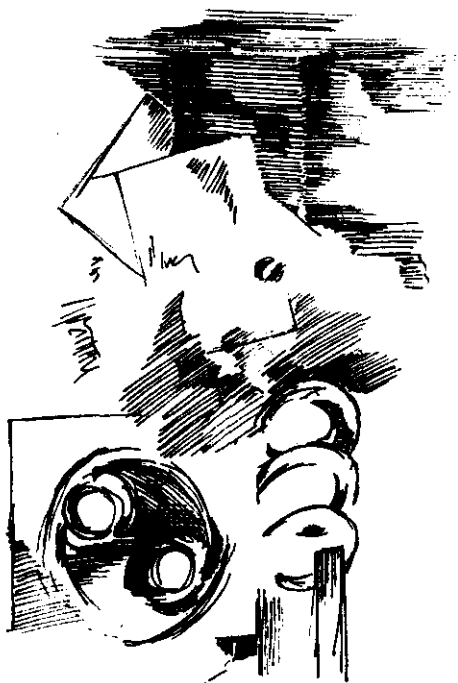


Wittgenstein. La época tardía

Max Fernández de Castro T.*



Es sólo dividir el vasto conjunto de la producción wittgensteiniana en dos grandes periodos: el primero comprende los años de juventud y culmina en una sola obra, el *Tractatus Logico-Philosophicus*, escrito en un estilo lacónico, elegante e incluso poético, y cuyas proposiciones, a la vez que asignificativas, resuelven todos los problemas de la filosofía. La segunda, le época tardía, no se centra en cambio en un libro particular sino que se halla dispersa en los múltiples escritos que Wittgenstein incesantemente elaboró, desde su regreso a Cambridge en 1929 hasta su muerte, 22 años más tarde. De este material, úni-

camente una parte ha sido publicada, después de sucesivas ordenaciones y supresiones, realizadas primero por el propio Wittgenstein y más tarde por sus editores. La parte que ha sido editada es aún así muy extensa, y hay quienes para analizarla la seccionan en un periodo de transición, uno de madurez y otro de vejez. En el otro extremo algunos estudiosos señalan la continuidad de todo el pensamiento wittgensteiniano.

Ateniéndonos a la práctica más común de hablar de dos etapas, intentemos concentrar nuestra atención en una característica más o menos esencial de toda la época tardía, y que en breve tiempo pueda darnos una idea de las aporta-



IZTAPALAPA 33

EXTRAORDINARIO DE 1994, pp. 75-88

* Profesor investigador de tiempo completo de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana.

ciones de este extraordinario pensador. Me parece que un rasgo que cumple esos requisitos es su concepción de la filosofía. Pero no trataremos de ver únicamente cuál es la misión que Wittgenstein asigna a esta disciplina, sino muy especialmente cómo lleva a cabo él mismo esa labor.

Ortega y Gasset escribió, en uno de sus libros más logrados, *La idea de principio en Leibniz*, que cada gran filósofo en la historia lo había sido porque además de descubrir una nueva idea del ser, paralelamente había hallado un nuevo modo de pensar. Agregaba que había que entender esta última expresión textualmente y no, como es usual, designando el contenido de una doctrina. En efecto, los grandes creadores en la historia de la filosofía han propuesto para ésta un nuevo objeto de estudio y, a la vez, un método diferente para llevar a cabo esa indagación. Recomendaba por ello a sus lectores que, al estudiar el pensamiento de un filósofo, desatendieran de manera provisional sus doctrinas y enfocaran su atención en su peculiar forma de proceder. Si se repasa así la historia de la filosofía se advierte que se han asignado muy distintas tareas a esta disciplina, tanto por su objeto como por su método. Veremos que, a pesar de ello, la propuesta de Wittgenstein a este respecto es radicalmente novedosa.

El consejo de Ortega resulta en especial conveniente cuando se trata de la obra tardía de Wittgenstein, que es la que ahora nos interesa porque, al menos según algunos pasajes de la misma, no consta de ninguna doctrina positiva, ni se defiende en ella ningún tipo de tesis, sino que es la exposición y puesta en marcha de un método para disolver problemas filosóficos. Alguna vez dijo:

En todas las cuestiones que discutimos yo no tengo ninguna opinión; y si la tuviera, y no concordara con una de sus opiniones, renunciaría de una vez a ella... porque ésta no sería de importancia para nuestra discusión. Constantemente nos movemos en un dominio donde todos nosotros tenemos la misma opinión. Todo lo que yo puedo darles es un método. No puedo enseñarles ninguna verdad nueva. Es la esencia de la filosofía no depender de la experiencia y esto es lo que significa el decir que la filosofía es *a priori*. Se podría enseñar filosofía únicamente planteando preguntas. (WL. p. 97)

No sería exagerado afirmar que el no tener en cuenta este rasgo de la filosofía de Wittgenstein, a pesar de que se encuentra explícitamente señalado en muchos de sus escritos, es lo que desorienta a un gran número de sus lectores. Esto se debe, a su vez, a que sus proposiciones parecen plantear ciertos problemas filosóficos, con independencia de su eficacia en la disolución de otros.

Si no se trata de elaborar o defender teorías, tampoco cabe esperar que Wittgenstein establezca principios o axiomas de los que derive conclusiones necesarias, ni que sienta hipótesis susceptibles de posterior corroboración empírica. Entonces ¿en qué consiste su peculiar método filosófico?

Para responder a esto, analicemos las características que de acuerdo al propio Wittgenstein tiene su filosofía:

a) *El propósito de la filosofía es terapéutico*: incorporadas en nuestro lenguaje hay una serie de imágenes, analogías, parentescos en los usos de las palabras, que extravían fácilmente a nuestro pensamiento, haciendo que se planteen falsas preguntas que nada

parece poder disipar. La filosofía tradicional es el recuento de estas cuestiones, cuyo intento de solución estaba condenado al fracaso desde el principio. La filosofía wittgensteiniana pretende aliviarnos del embrujo de nuestro pensamiento por el lenguaje.

b) *La filosofía es una actividad*, no una ciencia, ni tiene un peculiar dominio de objetos de estudio, ni su método es el científico.

Para Wittgenstein la filosofía no es una doctrina que pueda contenerse en una fórmula ni en un tratado, sino una actividad, una experiencia orientada al descubrimiento del origen de los problemas filosóficos, entendidos éstos en el sentido tradicional, y a la disolución de los mismos, al descubrir que dicho cuestionamiento surge de una mala comprensión de la gramática de nuestro lenguaje. Al decir que es una experiencia queremos resaltar que no se trata de un conocimiento, en la acepción ordinaria del término, o de algo a lo que se llega y en que pasivamente se está, sino de un esfuerzo por desenmarañar la confusa trama de nuestro lenguaje, para desembarazarnos —al menos provisionalmente— de ciertos problemas intelectuales que nos aquejan.

A diferencia de un gran número de filósofos, quienes consideraron que el método propio de su disciplina debía ser el mismo que el de la ciencia natural o el de las matemáticas, Wittgenstein propone un procedimiento peculiar para la filosofía, orientado al esclarecimiento de las reglas de uso de las palabras y no a la elucidación de las esencias de objetos de algún dominio.

c) *La filosofía no pretende explicar, sino únicamente describir. No consiste en teorías, ni en hipótesis.*

La filosofía no es científica, porque trata de describir los fenómenos del lenguaje y no de explicarlos.



Ello por dos razones: por un lado, la explicación remite hipotéticamente un fenómeno a otro, lo cual no alcanza a ser un conocimiento cierto y simplemente transfiere el problema de lugar; y por otro, no consigue disolver los problemas filosóficos como lo hace la descripción.

Sin embargo, debemos aclarar que a veces Wittgenstein emplea el vocablo "explicación" como sinónimo de "descripción", v. gr., en el célebre párrafo 43 de las *Investigaciones filosóficas*.

d) *La filosofía deja el lenguaje tal como está.*

Podría pensarse que si el lenguaje cotidiano es fuente de confusión porque su gramática está oculta y tiene que ser develada mediante un ejercicio intelectual, entonces debe reformarse en favor de un lenguaje más preciso. No hay tal. Wittgenstein muestra que el lenguaje es parte de toda nuestra forma de vida, y está entreverado con ella. Estrictamente hablando no sólo no es deseable una reforma tal, sino que no es posible ni, tal vez, concebible.² Estamos inmersos en nuestro lenguaje, "en él vivimos, nos movemos y somos" y, sin embargo, creemos equivocadamente, extraviados por una visión demasiado estrecha de los fenómenos lingüísticos, que el pensamiento es algo independiente que se expresa por un vehículo, a veces poco adecuado, que es el lenguaje. No entremos ahora en esta materia, ni en ver cómo Wittgenstein refuta esa opinión. Para lo que hace a nuestro tema, basta ahora señalar que no se trata de interferir en el uso del lenguaje, como lo intentó, por ejemplo, Russell.

e) *La filosofía es independiente de la experiencia.* Ya habíamos citado con anterioridad un pasaje de Wittgenstein en que se ha hecho alusión a este rasgo: "Es la esencia de la filosofía no depender de la expe-

riencia y esto es lo que significa al decir que la filosofía es *a priori*. Se podría enseñar filosofía únicamente planteando preguntas".

Al llegar a este punto salta a la vista que estas características de la actividad filosófica parecen contrapuestas. Vamos a plantear cada una de estas posibles oposiciones por separado para tratar de resolverlas y entender cabalmente el pensamiento wittgensteiniano a este respecto:

1. La filosofía es una descripción, y sin embargo *a priori*. En efecto, podría decirse "una descripción es susceptible de verdad o falsedad, mientras que, de acuerdo con Wittgenstein, en filosofía no puede haber controversias. Además ¿cómo puede una descripción llevarse a cabo planteando únicamente preguntas?".

Anotemos que *a priori* no significa aquí lo que en el resto de la tradición filosófica, sino algo mucho más modesto, a lo que hicimos alusión:

... [Wittgenstein] dijo también que él no estaba tratando de enseñarnos ningún hecho nuevo; que sólo nos diría cosas "triviales", "cosas que ya todos conocemos", pero que lo difícil era lograr una "sinopsis" de esas trivialidades, y que nuestra "incomodidad intelectual" podía sólo ser removida por una sinopsis de muchas trivialidades que "si dejamos fuera alguna, aún tendríamos el sentimiento de que todo está equivocado". (PP. p. 323)

La solución consiste, a mi manera de ver, en advertir que el fin de la filosofía es producir una adecuada visión de las cosas ("una claridad completa") desde la cual los problemas filosóficos desaparezcan.³ Su meta es descriptiva en el sentido en que nos conduce hasta donde es posible una visión sinóptica y compre-

hensiva de los fenómenos lingüísticos. Para ello busca recordarnos o enfocar nuestra atención sobre ciertos hechos sencillos, cotidianos, que por haberlos desatendido nos extraviamos en el complejo laberinto de nuestro lenguaje. De hecho una gran parte de la obra tardía de Wittgenstein está constituida de la consideración de situaciones imaginarias que al ser contrastadas con las prácticas a las que estamos acostumbrados, contribuyen a elucidar nuestros hábitos lingüísticos. Se vale también de preguntas que buscan liberarnos de las falsas imágenes que nos tienen cautivas “ambas manos en el remo”, y apartar la densa niebla que hace imposible la claridad a la que aspiramos.

2. Si se trata de describir los hechos de lenguaje ¿por qué no ha de ser la filosofía una parte, por ejemplo, de la lingüística? Esta duda parece haber asaltado a Wittgenstein alguna vez: “¿Es la gramática sólo la descripción de la aplicación real del lenguaje? ¿Pueden entonces sus proposiciones ser vistas como proposiciones de la ciencia natural?” (Man. 109, 281-282. Citado en H.)

La respuesta es: no, porque sólo considera los fenómenos lingüísticos en tanto que esto puede ser útil para su fin terapéutico: “...Y esta descripción recibe su luz, esto es, su finalidad, de los problemas filosóficos...” (PI. 109)

3. ¿Cómo es que la filosofía intenta curarnos pero sin alterar el curso ni del lenguaje ni el de la matemática?

A pesar de que el lenguaje cotidiano produce los malentendidos filosóficos, no se trata de sustituirlo por otro más preciso y riguroso. Recordemos la metáfora de la ciudad que aparece en el parágrafo 18 de las *Investigaciones filosóficas*. El simbolismo químico, los formalismos matemáticos, la terminología científica,

son barrios relativamente nuevos de nuestro lenguaje. Sirven mejor que la lengua vernácula para algunos fines, no así para otros. Hasta cierto punto, son como juegos diferentes, irreductibles entre sí.

En resumen, las armas con que Wittgenstein buscará anular los problemas de la filosofía tradicional son una serie de ejemplos, preguntas y observaciones conducentes a describir el funcionamiento real de las palabras. Y diremos que ha conseguido lo que se propone en la medida en que una pregunta se revele como carente de sentido. En lo que sigue analizaremos concretamente esta forma de operar, repasando algunas de las estrategias empleadas con frecuencia por Wittgenstein.

a) Una es la contrastación de las teorías acerca del lenguaje, con ejemplos concretos en que éste es usado. En efecto, ante complicadas tesis filosóficas, Wittgenstein responde proponiendo lo que él llamó “juegos del lenguaje”, es decir, situaciones imaginarias en las que varios individuos interactúan de forma muy primitiva, y en las que el lenguaje se usa con fines prácticos muy simples. En estos pequeños ámbitos es posible analizar el funcionamiento de las palabras o la finalidad con que son usadas sin la perturbadora complejidad de los procesos de nuestro lenguaje cotidiano. En general, es introducida esta técnica, entre otras cosas, para evitar uno de los varios prejuicios que generan confusiones filosóficas. Me refiero a la concepción simplificadora del lenguaje que consiste en suponer que las palabras tienen como función primordial la de nombrar, y que con ellas se forman proposiciones cuya misión es la de describir hechos. Llamémosla “concepción nominalista del lenguaje”. Supone que el significado de un sustantivo es la cosa

a la que éste se refiere, y la de un verbo, una cierta actividad. Es una concepción sostenida más o menos implícitamente por muchos filósofos, que tiene además múltiples aplicaciones pero, lo que es más importante, es que es un prejuicio al que nos conducen con facilidad nuestras formas ordinarias de expresión.

Con esto hemos entrado a exponer la génesis de las confusiones filosóficas, pero no perdamos de vista que nuestro objetivo es ahora analizar a grandes rasgos el "modo de pensar" wittgensteiniano. Por eso no debemos detenernos a ver la forma en que Wittgenstein descalifica esta concepción. Simplemente y como ejemplo de esta técnica, recordemos el juego del lenguaje de los albañiles en el que uno grita el nombre de un tipo de piedra de construcción y el otro lleva una piedra de esa especie. Allí se nos pide perentoriamente decir en qué consiste la relación entre nombre y objeto denotado, que la teoría nominalista postula y que parece darse especialmente en este caso. Entonces advertimos que ese nexo no es como lo habíamos concebido.

En general el peso de este tipo de consideraciones proviene de que nos enfrentan a situaciones lingüísticas sencillas en las que con claridad podemos percibir que las implicaciones de esa concepción del lenguaje (o de la teoría filosófica de que se trate en un momento determinado) no se cumplen. Sin embargo, esta formulación podría sugerir que esta vertiente del método de Wittgenstein consiste en falsear teorías o proposiciones generales aplicándolas a casos particulares extremos. No es éste el caso, pues, por ejemplo, el juego de los albañiles es justo una situación en que la concepción nominalista parece aplicarse cabalmente.

b) Otra forma de argumentación frecuente usada por Wittgenstein es la reducción al absurdo. *V. gr.*, en

la teoría nominalista del lenguaje es común la confusión entre el significado de un nombre y su portador. Wittgenstein mostrará que ni aun en el caso de las palabras que ordinariamente ofician de nombres se puede aseverar que su significado sea su referencia. Pensamos eso por el hecho de que explicamos el significado de algunos vocablos señalando a un objeto. Sin embargo si éste fuese el significado de aquél, un enunciado tal como "el señor x ha muerto" o sería falso o bien asignificativo.

Otro caso similar es el de las teorías de la expectativa que, a la manera de Russell, hacen consistir ésta en un estado físico o mental de inquietud o de dese-



equilibrio, y conciben la relación entre el evento que se espera y la expectativa como un tercer elemento empírico que es la satisfacción generada por la ocurrencia de dicho evento. Wittgenstein muestra, “a priori”, que no es así. Basta observar cómo empleamos la palabra “esperar”. Si esa teoría fuese correcta tendríamos que decir que nunca podemos estar seguros de lo que estamos esperando. Lo que no es el caso.

c) Wittgenstein muestra con ejemplos muy cuidadosamente seleccionados las suposiciones infundadas del pensamiento filosófico. Como ilustración de ello, pensemos en la idea de sentido común, aunque también sostenida con mayor aparato teórico por algunas corrientes de la psicología contemporánea, de que hay en nuestras mentes algo así como una imagen de, por decir algo, una flor amarilla cuya aparición “ante el ojo de la mente” se da cada vez que escuchamos la orden “trae una flor amarilla”. Se dice “antes de seguir el precepto tenemos que entenderlo”, lo cual hace suponer que un acto específico de comprensión tiene que suceder, aunque a veces sea insensiblemente, con anterioridad a la ejecución de la orden. Y es muy común suponer que ese acto de comprensión consiste en imaginar la flor del color que se nos pide. Pero, que no tiene por qué ocurrir de ese modo se ve en este caso: si se me dice “imagina una flor amarilla”, parece absurdo que yo tenga necesariamente que imaginar una flor amarilla para comprender la orden, y luego imaginármela de nuevo para hacer lo que se me prescribe.

Un ejemplo muy claro de este expediente nos lo proporciona el tratamiento de otra de las grandes fuentes de confusión filosófica: el mito de la esencia, es decir, el prejuicio que consiste en suponer que, en

las diversas ocasiones en que una palabra es usada, debe estar presente un rasgo común que es el que determina nuestro empleo de dicho vocablo. Como cuando decimos: “si a la fiebre amarilla y a la esquizofrenia las llamamos enfermedades es porque deben tener algo en común”. A ese rasgo compartido por ambos males le llamamos la esencia de la enfermedad, y decimos que viene dada o descrita por la definición de la palabra “enfermedad”. En unos pasajes muy conocidos de las *Investigaciones* se combate esta “enfermedad” filosófica:

...En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, sino que están emparentados entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamaremos a todos “lenguaje”. Intentaré aclarar esto.

Viene a continuación el párrafo en que repasa los juegos para tratar de hallar una característica compartida por todos, y propia únicamente de ellos. El resultado es que no existe tal rasgo absolutamente común, sino similitudes que se traslapan aquí y allá, parecidos como los que hay en una familia: el padre y el hijo tienen el mismo tipo de nariz, éste y el hermano, una tez muy parecida, etc. Sin embargo, no hay una propiedad compartida por todos y sólo por ellos (excepto, naturalmente, la de pertenecer a la misma familia).

Alguien podría decir que Wittgenstein no ha hallado la esencia del juego. Después de todo no ha buscado lo suficiente. Si fuese un interlocutor de Sócrates,

éste le pediría que siguiera investigando, ya que él dice saber lo que es un juego. Lo importante ahora es que con este simple ejemplo se ha puesto en evidencia un prejuicio filosófico, pues ¿por qué tendría que haber esas esencias? Y si las hubiera no parece que tuvieran que ser parte del criterio para el uso de una palabra, pues permanecen ocultas para el hablante. Los ejemplos de Wittgenstein nos descubren las suposiciones infundadas, el paso en falso de las grandes concepciones filosóficas. Nos hacen patente el momento en que el filósofo, extraviado por la influencia del lenguaje, dice "aquí debe necesariamente ocurrir" tal y cual evento. Aunque este recurso se asemeja al referido a la contrastación de las teorías acerca del lenguaje, del que nos ocupamos en el inciso a, lo distinguimos porque aquí ha bastado la alusión a un solo juego del lenguaje para poner en evidencia una teoría filosófica.

d) Además junto a estos recursos estrictamente argumentativos, y otros que a continuación expondremos, hay en la obra de Wittgenstein un elemento de persuasión o de sugestión. Por supuesto los argumentos también pretenden persuadirnos, pero ahora me refiero más bien a algo encaminado a la imaginación. En efecto, por el uso común de nuestras formas de expresión se forman en nosotros imágenes que fácilmente nos extravían. A esta iconografía hay que oponer otra que muestre que la primera carecía de fundamento. "Yo puedo ocasionalmente producir nuevas interpretaciones, no para sugerir que son las correctas, sino para mostrar que las viejas interpretaciones y las nuevas son igualmente arbitrarias". (LFM. p. 14)

Por ejemplo, en los *Cuadernos azul y marrón* se asevera que pensamos con la mano. En parte puede

decirse que esa es una imagen, y que intenta contrarrestar la influencia perturbadora de otra figura contenida en la afirmación de que el pensamiento ocurre en la cabeza. Asimismo Wittgenstein escribió que al seguir una regla que hemos comprendido cabalmente, en un paso nuevo de su aplicación, estamos haciendo una decisión. No es que en realidad al efectuar, digamos, una multiplicación haya un acto consciente o no de decisión. Se trata simplemente de anular la imagen que tenemos de una regla según la cual ésta predetermina ineluctablemente todas sus futuras aplicaciones. En efecto, solemos pensar que la comprensión de una regla es un súbito compromiso que el entendimiento adopta para una infinidad de casos. Tal idea es sumamente engañosa.

e) Muy común en los textos de Wittgenstein es la mención de casos particulares de uso de las palabras con el fin de mostrarnos, algunas veces, la semejanza, o los casos intermedios, de dos procesos que nos parecían claramente separados. Otras veces, por el contrario, se trata de hacernos ver las diferencias en donde antes no percibíamos ninguna. Ejemplo de lo primero es el siguiente: el leer y el recitar de memoria son dos operaciones tan diferentes que, en apariencia, no podríamos confundirlas jamás. Sin embargo, entre decir en voz alta los números del 1 al 12, y leerlos en la carátula de un reloj, hay una distancia mínima que tiene más que ver con las circunstancias peculiares de cada acto que con estados mentales característicos. (PI. 161)

Como ilustración del segundo caso mencionado, recordemos cómo frente a la pretendida unicidad del acto de fijar la atención en una cosa, Wittgenstein nos recuerda la gran diversidad de ocasiones en las que se



suele decir “¡fíjate en tal cual cosa”, para advertir de nuevo la dificultad de suponer que hay eventos mentales específicos en cada una de estas situaciones, engarzados por la presencia de un rasgo común.

f) Otro recurso frecuente es el empleo de analogías. Éste pudimos haberlo clasificado en el inciso d, pues las analogías tienen el efecto de desvirtuar ciertas imágenes, pero también de poner de manifiesto ciertas características, a veces no muy visibles. *V. gr.*, Wittgenstein equipara al lenguaje o a las matemáticas con juegos.

Al comentar en lo que sigue una fuente más de perplejidades filosóficas, expondremos de paso un rasgo importante del quehacer wittgensteiniano. Un gran número de dificultades teóricas se generan por la confusión entre proposiciones gramaticales y fácticas. Wittgenstein usa el término “gramática” en muy variadas formas, pero en general por “gramática de una expresión” se refiere a las reglas de su empleo en el lenguaje ordinario, o bien a la descripción de dichas reglas. Por ejemplo, la proposición “un segmento de recta es infinitamente divisible” es de carácter gramatical pues no podría verificarse ni falsearse físicamente. De hecho, en el espacio visual la divisibilidad tiene un límite impuesto por los alcances determinados de nuestra agudeza óptica. Pero aquella proposición que parece informarnos de las propiedades de las rectas en el mundo geométrico, nos dice solamente de nuestra decisión de utilizar las palabras de un cierto modo.

Moore objetó a Wittgenstein el estar utilizando la palabra “gramática” de un modo que difería esencialmente del usual. Pues de acuerdo con este último el enunciado “diferentes colores no pueden estar en el mismo punto del campo visual simultáneamente” es de tipo gramatical, mientras que no lo es desde el punto de vista de la gramática escolar. Wittgenstein contestó que la gramática es la misma, pero que mientras una falta de concordancia entre el sujeto y el verbo de una oración es completamente inocua, un error como el de suponer que es una proposición empírica la anterior relativa a los colores, provoca confusiones filosóficas. Gran parte de sus observaciones relativas al problema de los fundamentos de las matemáticas son de este tipo.

Sin embargo, ¿cómo puede decir Wittgenstein que la proposición “diferentes colores no pueden estar en el mismo punto del campo visual simultáneamente” es de tipo gramatical, si claramente describe una imposibilidad constatada por nuestra imaginación? Para Wittgenstein la posibilidad es una cuestión gramatical, pues decir que algo es imposible es determinar que carece de sentido el afirmarlo (así como el negarlo). Claro está que no hablamos de imposibilidad física como si dijéramos “es imposible correr la milla en menos de tres minutos”. En este último caso es posible describir lo que sería una carrera de una milla en que el ganador cruzara la meta en menos de tres minutos. No obstante no podemos describir la presencia simultánea de dos colores en el mismo punto visual. Pero “cualquier cosa que puede ser descrita puede pasar”. (WL. p. 166) Wittgenstein explica que si, por ejemplo, describimos la correlación entre XXX y OO es que podemos correlacionarlos. Pues el que afirma que nunca podrá establecerse dicha correlación, en realidad está aseverando que a ninguna relación de esos dos grupos lo llamará una correlación 1-1. Por tanto, esta es una regla que él da. Es decir, el término “imposible” nos sirve para determinar el uso que queremos darle a la expresión “correlación 1-1”. El examen filosófico es de carácter gramatical en la medida en que su fin es evitar malentendidos relativos a los usos de las palabras. (PI. 90)

No obstante, podría pensarse que dado que el examen filosófico es gramatical, es decir, estudia las reglas de uso de las palabras, tiene que ser en buena medida *a priori* en el sentido tradicional de este término. Pues dado que una regla determina todas sus futuras aplicaciones, el estudio de las mismas para el

caso particular de las palabras tendría que ser el análisis de los compromisos que implícitamente contraemos al aceptar cada regla. Esto podría ser llevado a cabo al margen de toda experiencia. A ello parece conducirnos también la afirmación wittgensteiniana de que la geometría no trata de los cubos, sino de la gramática de la palabra “cubo”. De allí se derivaría la consecuencia —contraria a lo que llevamos dicho— de que, puesto que el análisis filosófico es de carácter gramatical, debe ser una especie de geometría. Tal interpretación queda —sin embargo— descartada por las célebres consideraciones sobre seguir una regla en que Wittgenstein pondrá en cuestión el que una regla determine todas sus futuras aplicaciones o, mejor dicho, descartará las imágenes que vienen aparejadas con esa afirmación.

Ahora bien, una cuestión que naturalmente surge al considerar el tema de este artículo es si en verdad no hay una doctrina positiva o, tal vez, una teoría del lenguaje contenida en la obra tardía de Wittgenstein. No es fácil responder a esta pregunta, pero es siempre importante recordar, en el trabajo de exégesis de pasajes difíciles de la misma, las intenciones de su autor. Por ejemplo, el parágrafo de las *Investigaciones filosóficas* que citamos a continuación ha dado pie a suponer que Wittgenstein está reemplazando una teoría nominalista del lenguaje con otra, de carácter pragmatista: “Para una gran clase de casos de utilización de la palabra ‘significado’ —aunque no para todos los casos de su utilización— puede explicarse esta palabra así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje”. (43)

Primeramente vemos que, de acuerdo con esto, una palabra adquiere significado únicamente en las cir-

cunstancias concretas de una práctica, en la vida de una comunidad, sólo en la interacción real de sus individuos. Por ello, el único criterio acertado para decidir si una persona ha entendido el significado de una palabra es el uso posterior que hace de la misma. De acuerdo con Wittgenstein el lenguaje se halla entretrezado con prácticas “no lingüísticas” de las que recibe su verdadero sentido. La significación de una palabra procede de la circunstancia concreta en que es proferida. De ahí la técnica de los juegos del lenguaje. Estos constituyen la vida misma de las palabras.

Ahora bien, esto implica un diagnóstico y un tratamiento de los problemas filosóficos. Estos tienen lugar cuando se extraen las palabras de los contextos en que se las usa prácticamente, es decir, cuando el lenguaje “se va de vacaciones”. El filósofo pregunta en abstracto ¿qué es el conocimiento?, ¿qué es la materia?, ¿qué es la mente?, etc. y olvida la humilde procedencia de esos vocablos. Lo que hay que hacer entonces es devolver las palabras a esos contextos en los que, según hemos dicho, adquieren su significado pleno. Una vez que hemos dado la descripción de los usos de una palabra en todos los “juegos del lenguaje” en que ordinariamente se la emplea, hemos agotado cuanto teníamos que decir sobre su significado.

Ahora volvamos al problema planteado: ¿no es ésta una teoría del lenguaje? Y si es así, ¿qué apoyo tiene?, ¿es una generalización de hechos lingüísticos observados? En ese caso, cabría objetar que hay una cierta circularidad en el hecho de que al buscar el significado de “significado” (por ejemplo, el comienzo de los *Cuadernos azul y marrón*) Wittgenstein describe el uso de esta palabra, o por lo menos elimina como respuesta todo lo que no se acoplaba con ese



uso, dando así por sentado lo que había que probar. O dicho de otra forma: la palabra "significado" no siempre se usa en el lenguaje diario como siendo un sinónimo de la palabra "uso". Por ejemplo, se suele decir que captamos en un instante el significado de un término; sin embargo, no parece que el uso pueda abarcarse instantáneamente pues se esparce en multitud de casos.

Ahora bien, Wittgenstein sabe que la palabra "significado" se emplea de múltiples formas, enlazadas únicamente por un parecido de familia. Sólo constata que, en un gran número de casos, cuando explicamos el significado de una palabra, explicamos su uso. Decimos "son juegos el ajedrez, el billar, el fútbol, la rayuela, y actividades parecidas a éstas", con lo cual no estamos tratando de dar una serie de ejemplos para que nuestro interlocutor capte una esencia que, aunque comprendiéndola, no hemos logrado poner en palabras, sino que le estamos explicando el empleo del vocablo "juego" en nuestro lenguaje cotidiano. Más claramente se ve esto si en lugar de "juego" lo aplicamos a la palabra "cantar", por ejemplo. Además, reiteramos, estas "trivialidades" son mencionadas para librarnos de una imagen de la que fuimos prisioneros. "Aunque 'función de una palabra' no es una definición de 'significado de una palabra', es siempre útil reemplazar 'significado' por 'función'." (WL. p. 151)

Es decir, no se trata de preguntarse por el uso de una palabra, con el objeto de acceder al significado de la misma a través de un sucedáneo de la definición. Se trata tan sólo de evitar ciertas confusiones filosóficas.

"El fin [de la filosofía] es remover malentendidos particulares, no producir un real entendimiento por primera vez." (PG. 115)

Una dificultad más aparece aquí. Constantemente las afirmaciones de Wittgenstein son contrarias a lo que en el lenguaje cotidiano diríamos. Por ejemplo cuando afirma que no es posible obedecer privadamente una regla. Parece contravenir el uso de estas palabras en el lenguaje ordinario. Se dirá tal vez que la descripción del empleo de una expresión no se encuentra en el mismo nivel que ésta, y que no hay inconveniente en que una contradiga a la otra. No es esa la propuesta de Wittgenstein. Nos dice que así como la ortografía también tiene que ver con la palabra "ortografía" sin que por ello se la considere como segundo orden, así la filosofía, aunque aclara que la gramática del término "filosofía" no está en un nivel más elevado. (PI: 121)

Entonces ¿por qué si Wittgenstein respeta ilimitadamente el lenguaje cotidiano algunas de sus conclusiones resultan paradójicas expresadas en ese lenguaje? En parte ya hemos sugerido una respuesta: las afirmaciones contenidas en sus textos, y que se oponen al sentido común, tienen muchas veces la función de contrarrestar la influencia nociva de ciertas imágenes, pero no es sólo eso.

En una de sus clases en Cambridge, Wittgenstein reconoció plenamente este problema. Según él un teorema matemático no tiene más sentido que el que le da su prueba. Por tanto, un problema como el de la conjetura de Goldbach apenas tiene sentido, y sólo lo tiene en la medida en que produce en los matemáticos un esfuerzo en la búsqueda de su prueba. Pero, en general, una pregunta en matemáticas (cuya solución requiera creatividad) adquiere mayor sentido cuando la respuesta es hallada. Algo similar se aplica entonces a las proposiciones matemáticas: algunas de ellas

no adquieren pleno sentido hasta que son verificadas o refutadas. Y Wittgenstein agrega: "Esta explicación de las posibles respuestas es contraria a lo que nosotros llamamos ordinariamente una proposición. Pues decimos que una proposición debe hacer sentido antes de que sepamos si es verdadera o falsa". (WL. p. 195)

Más adelante explica que nuestro problema, el que sus proposiciones parezcan contrarias al sentido común, se debe a que estamos aplicando erróneamente los criterios de uso de la palabra "proposición" en un juego del lenguaje, a otro, que es el de las matemáticas. En efecto, las proposiciones de esta disciplina son llamadas así porque mantienen algunos parecidos de familia con las proposiciones de la vida diaria, pero no tienen por qué tener exactamente los mismos rasgos. De nuevo, lo que es inconsistente y problemático es el lenguaje cotidiano. No debemos olvidar que las proposiciones, por ejemplo, de las *Investigaciones filosóficas* tienen un sentido, es decir un uso, distinto al de las aseveraciones de la vida diaria, sin que por esto se sitúen a otro nivel.

Lo dicho hasta ahora podría dejar la falsa impresión de que la filosofía, tal y como Wittgenstein la entiende, es un asunto que concierne exclusivamente a los filósofos profesionales. Pues aparentemente se trata de una terapia dirigida para ellos, que son quienes han caído en confusión por no tener una visión sinóptica de los fenómenos lingüísticos. Sin embargo, como lo ha señalado Kenny, dichas confusiones tienen su raíz en el lenguaje cotidiano, y son igualmente propensos a ellas el hombre de la calle y el científico. Este último trasciende muy frecuentemente el dominio reservado a su disciplina, y suele dar interpretaciones filosóficas de sus resultados. Así que las observa-

ciones gramaticales de Wittgenstein pueden tener, y en parte ya han tenido, una influencia en otros campos de la cultura.

Asimismo sería un error pensar que alguna vez obtendremos una claridad tal de los fenómenos del lenguaje, que la filosofía tenga que desaparecer. La malinterpretación de nuestras formas lingüísticas es algo a lo que somos arrastrados constantemente como usuarios del lenguaje. De ese modo sólo podemos conseguir y provisionalmente el desembarazarnos de ciertas cuestiones, y ello sólo a través de un esfuerzo personal.

NOTAS

- 1 Ver referencias bibliográficas en la última página.
- 2 Aunque sí lo es en ciertos dominios estrechos y para determinadas finalidades (PI 132).
- 3 Por cierto, debe estar claro que hasta aquí hemos utilizado el término "filosofía" con dos distintas acepciones: por un lado, se refiere a la tarea misma que Wittgenstein está llevando a cabo; por otro, a la tradición filosófica. No parece que a Wittgenstein haya molestado nunca esa ambigüedad, presente en muchos pasajes de su obra.

BIBLIOGRAFÍA

Las siguientes abreviaciones son utilizadas para referencias.

BB Wittgenstein. *The Blue and Brown Books*, Basil Blackwell, Oxford, 1974. Edición en castellano en Tecnos, Madrid, 1968 (traducción española de Francisco Gracia Guillén).

WL Ambrose, A. *Wittgenstein Lectures. Cambridge 1932-1935.*

From The Notes of Alice Ambrose and Margaret MacDonald,
Basil Blackwell, Oxford 1979.

PG Wittgenstein, *Philosophical Grammar.* Basil Blackwell, Oxford, 1968 (traducción por A. Kenny).

LFM Diamond, C. *Wittgenstein's Lectures on the Foundations of Mathematics,* Duckworth, London, 1980.

H Hallett, Garth, *A Companion to Wittgenstein's "Philosophical Investigations".* Cornell University Press, London, 1977.

PP "Wittgenstein Lectures in 1930-33", en G.E. Moore, *Philosophical Papers,* London, 1959.